



tan discreto, cuál debe de ser el amo? Yo apostaré, que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierta, y otro dia siguiendo su camino vieron que hácia ellos venia un hombre de á pié, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pié, el cual como llegó junto á Don Quijote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba mas, le dijo con muestras de mucha alegría:—O mi señor Don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque, cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la Duquesa!—No os conozco, amigo, respondió Don Quijote, ni sé quién sois, si vos no me lo decis.—Yo, señor Don Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez.—¡Válame Dios! dijo Don Quijote, ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla?—Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al reves mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos, por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al Virey, que le envia mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuantas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.—Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cor-

*reria mas que él, con tal que corriesen con pesos iguales. Pedía el gordo que se le atase al flaco el peso equivalente á su gordura en que le escedia. Replicaba el flaco que antes convendría matar de hambre al gordo, para que, enflaqueciendo algun tanto, pudiese correr con él sin pesar mas ni menos. (De Singulari Certamine: cap. 29.)*